

Reseña del libro *Zen* de Raquel Bouso (2013)

Alfonso Falero
Universidad de Salamanca

Ficha técnica:

Autora Raquel Bouso
Título *Zen*
Editorial Fragmenta
Colección Fragmentos, 15
ISBN 978-84-92416-64-6

Conocí a Raquel Bouso no recuerdo cuándo, a través del proceloso mar virtual del correo electrónico hace ya seguro algunos años. Las circunstancias fueron profesionales. Recibí una consulta que iniciaría un intercambio de correos marcados siempre por un gran respeto y la elegancia que la caracterizan. Fui invitado al poco a participar en una atractiva conferencia sobre filosofía japonesa, una materia no habitual en este país, organizada por ella en la universidad de donde procede, la Pompeu Fabra. Desafortunadamente, en aquella ocasión un inesperado accidente de tráfico me impidió asistir, pero un invisible hilo rojo había anudado nuestro destino y era sólo cuestión de tiempo el conocernos en persona. En efecto, tras un segundo intento fallido, en una conferencia del mismo grupo en Tallinn, a la tercera el destino quiso que nos encontráramos en otra conferencia, esta vez en Hong Kong. De ello hará algo más de un año. A partir de ahí, y bajo su atenta iniciativa,

se ha ido fraguando el que yo considero, hoy día, el grupo de investigación más importante en nuestro país sobre filosofía japonesa, al amparo de la Universidad Pompeu Fabra. Actualmente participo en un importante proyecto de traducción de textos filosóficos japoneses que verá la luz en 2014, proyecto que coordina Raquel Bouso.

Mientras este proyecto da a luz sus esperados resultados, Raquel trabaja de manera incansable para dar a conocer el zen en nuestro ámbito. De su mano han llegado a nosotros impagables traducciones de los grandes maestros japoneses contemporáneos del zen: Izutsu Toshihiko, Nishitani Keiji y Ueda Shizuteru. Es particularmente relevante su estudio y traducción de Nishitani, autor del que Raquel Bouso es la mayor experta en este país. Para rematar este elenco, le debemos la presentación en nuestro país del imprescindible ensayo de Carlo Sa-

viani sobre el orientalismo de Heidegger.

Por lo anterior, tengo que celebrar la noticia de que Raquel nos obsequie con un ensayo breve y condensado, donde destila, de manera atractiva y elegante, su importante conocimiento sobre este tema. Con un formato idóneo para lectores que quieren introducirse en un difícil tema sobre el que ya se ha escrito mucho, pero hasta ahora carecíamos de un texto introductorio y sencillo que acompañe de la mano al lector novel, a sabiendas de que puede fiarse de quien le guía. Pero igualmente de lectura reconfortante para aquellos que echábamos de menos una síntesis breve pero completa, acostumbrados como estábamos a manuales escritos con criterios de parcialidad o ya convertidos en pequeños o grandes clásicos, en cualquier caso no actualizados, basados en la experiencia individual o en las premisas de una escuela o secta. A diferencia de esto, *Zen* está escrito en tercera persona, desde la distancia que requiere un ensayo de valor académico y, a la vez, con la necesaria cercanía de quien conoce de lo que habla desde dentro; pues la gran dificultad del zen, de hablar sobre el zen, de explicar el zen o al menos aproximarnos a este fenómeno desde el lenguaje discursivo, académico o ensayístico es articular esta doble polaridad, esta tensión entre el entender y el renunciar a entender, que son el centro de toda posible experiencia intelectual del zen, y le confieren su signo característico. Una tensión que, al leer la narración de Raquel Bouso, se nos hace casi dulce sin perder su vigor, quizá

porque la personalidad del estudioso no puede recortarse en aras a no sé qué objetivismo. Al contrario, entendemos que del zen sólo merece la pena hablar con pasión intelectual, sumergiendo nuestra subjetividad de lleno en el objeto de estudio, de modo que la hierática pretensión del no dejarse afectar para salvaguardar el ego del investigador queda completamente expuesta, y habiendo renunciado a guardar la ropa, nos sumergimos de la mano de Raquel en un océano que nos envuelve, nos nutre y nos invita a explorar su fondo.

Llama la atención que el libro se titule *Zen* y no “el zen”, con el comodín de un artículo que lo circunscribe como objeto de nuestra atención. La elección de *Zen* a secas nos incomoda porque no sabemos si se trata de un objeto concreto de estudio, y entonces debería entenderse como sustantivo, o, por el contrario, se trata de una cualidad, a la que correspondería un epíteto o adjetivo, o bien una raíz verbal que puede adquirir diversas flexiones. El término *zen*, sin artículo, sin determinación de género ni de número, viene a ser un tanto difuso y, a la vez, alarmantemente próximo. Es como si no pudiéramos medir bien la distancia desde nuestro intelecto hasta este vocablo, como si no pudiéramos focalizar nuestra lente. Pues bien, la lectura del texto no corrige y, del mismo modo, no defrauda nuestra premonición o nuestra expectativa. A pesar de que a lo largo de sus páginas hallaremos el término prece-

dido del convencional artículo masculino en numerosas ocasiones, diríase que para sosiego de nuestro intelecto, no podremos evitar una casuística de uso que confirma lo que acabo de enunciar. Así, encontraremos repetidamente expresiones como “tradición zen”, “práctica zen” o “maestros zen”, donde *zen* viene a equivaler a un adjetivo o, más bien, a un sustantivo con uso adjetival, es decir *zen* es algo que se dice de otra cosa, como una tradición, distinguiéndola de otras tradiciones, o de un conjunto de prácticas por diferencia de otras, o bien de un determinado tipo de maestros por diferencia de otros. Esta tradición, esta práctica y estos maestros poseen una cualidad que les confiere un rasgo de identidad, y a eso le llamamos *zen*. Pero, más aún, hay un lenguaje identificable como grupo de “términos zen”, que refieren a esa tradición y a esa práctica, y son utilizados por tales maestros para comunicar su experiencia. A veces ese lenguaje se expresa poéticamente en “versos zen”, y quienes pertenecen a esa tradición repiten esa práctica y aprenden de los maestros a través de un lenguaje propio sintiéndose miembros de una “comunidad zen”, comunidad dentro de la cual -y no fuera- reciben un tipo de educación o “instrucción zen”, muchas veces silenciosa y otras en forma de máximas sapienciales o “sentencias zen”.

De la mano de Raquel Bouso aprendemos que existe un estilo de vida particular al que llamamos “vida monástica zen”, que se lleva a cabo en

torno a centros de referencia que llamamos “monasterios zen”. Aquí se imparte un tipo de sabiduría peculiar, expuesta entre otros modos en “enseñanzas zen”. La compilación y transmisión de las mismas conforma lo que entonces denominamos “literatura zen”. Esta literatura se ha cultivado, nos muestra Raquel, dentro de un tipo particular de entorno intelectual y religioso, es decir lo que llamamos el “budismo zen”. Por tanto, a los protagonistas de esta tipología de budismo les identificamos como “monjes zen”. Y estos intelectuales o, mejor, sabios se han organizado históricamente en “escuelas zen”. Así que de todo lo anterior y desde el punto de vista intelectual o, mejor, cognitivo, se deriva una antigua, larga y gran “perspectiva zen”. Incluso en este sentido de amplia perspectiva nos permitimos reunir toda la tradición bajo la expresión “la escuela zen” en singular.

Pero, además de servir de modificador de numerosos posibles sustantivos, el término *zen* él mismo puede ser etiquetado de diversas maneras. Por ejemplo, según épocas, puede haber un “zen Song”. O, según identidades culturales, puede haber un “zen chino”, un “zen coreano”, un “zen japonés”, etcétera, o según escuelas, básicamente un “zen Sōtō” y un “zen Rinzai”. De modo que según esto advertimos un doble uso del término *zen*, según sirve como cualificador de otra cosa u objeto, impregnándolo de una determinada aura, cualidad o atmósfera.

En este uso el término *zen* hace que un objeto cualquiera entre en un universo de significado particular, desplazándolo del universo de significado del lenguaje convencional. El libro de Raquel Bouso lo que hace es aclararnos en lo posible en qué consiste ese algo, esa cualidad o esa tonalidad de color, cuando lo aplicamos a regiones concretas de nuestra experiencia. Por otro lado, *zen* es un algo que, a su vez, puede ser cualificado, con lo que cesa de ser un indefinible para convertirse en algo definido. El conocimiento de la autora sobre esta materia nos facilita enormemente acotar el rango de posibles concreciones que podemos aplicar al universo del *zen*. Así, tenemos una bipolaridad esencial en nuestra aproximación al mundo *zen*, que incluye la experiencia concreta de quienes lo viven como una práctica o lo respetan como una enseñanza, hasta quienes lo perciben de manera diferente como una cualidad estética o un talante filosófico. El libro de Raquel nos ayuda a entender y abarcar en una sola mirada todo este amplísimo rango de lo que llamaríamos la “experiencia *zen*”, tanto en su larga trayectoria histórica, como en su universalidad geográfica transcultural.

En el ISBN encontramos una larga lista de títulos que incluyen el término *zen*, y curiosamente el más antiguo, un ensayo de Antonio Blay, y el de Raquel Bouso coinciden exactamente en el título. El de Blay es de 1965, una fecha demasiado temprana para que yo reparara en su

aparición. Pero, allá en los setenta, una vez iniciados mis estudios universitarios, a unos cuantos estudiantes de filosofía y derecho en la Universidad de Granada no nos pasó en absoluto desapercibida la publicación de obras como *Za-zen: La práctica del zen* de T. Deshimaru, *Claves de zen* del monje vietnamita Thich Nhat Hanh, *Budismo zen y psicoanálisis* de D. Suzuki/E. Fromm en FCE, o, un poco más tarde, *El camino del zen* de A. Watts. Especialmente estas dos últimas obras produjeron en nosotros la impresión de que el *zen* debía ser de alguna manera parte de nuestra vida estudiantil, y nos atrevimos a llamar a esto “*zen* urbano”, otra categoría, quizá ingenua, a añadir a la lista de modificadores del término *zen*.

Mi segundo contacto con el *zen*, más allá de mi paso por Japón, fue en Salamanca el año 1997. En aquella ocasión venía desde Japón, donde me había especializado, y he de dejar constancia de que aquella visita fue mediada por el *zen*. Vine invitado por miembros del grupo de práctica *zen* Zendo Betania, afincados en esta ciudad. Ellos fueron mi puerta de entrada y la conexión en mi vida personal con aquellos sueños juveniles que se han acabado materializando así, pues al año siguiente, en 1998, me incorporé a la Universidad de Salamanca, y el primer Curso de estudios japoneses que celebré se llamó “Gesto, palabra y silencio: Artes *zen*, discurso estético y terapéutica en la cultura japonesa”, y contó con una aproximación estética *zen*

y algunas conferencias impartidas por mi colega Javier Villalba, doctor en arte y especialista en artes zen. “Palabras y silencio” es también el título de uno de los epígrafes finales de la obra que reseñamos. No fue lejos de Salamanca, en Ávila, donde tuvimos el honor muchos de los interesados en el zen en mi entorno, de asistir a una conferencia magistral de Ueda Shizuteru, el actual máximo representante de la escuela de zen intelectual de Kioto, hace sólo unos años. Entonces, el maestro Ueda declaró que era la hora de España para el mundo internacional del zen, y la aparición de la obra que reseñamos me sugiere que quizá algo de razón llevaría este anciano maestro.

Si alguien percibe que es su momento de acercarse al zen, el libro que reseñamos puede ser la puerta de acceso. En la página 12 su autora nos aclara cómo ha de producirse este acercamiento:

[...] debido a que el zen se constituye fundamentalmente alrededor de una experiencia peculiar de la realidad, es a través del testimonio que puede dar una persona viva, o mejor aún la propia búsqueda existencial de cada uno, la mejor forma de acercarse al zen.

Por tanto, este libro funciona como una guía para la iniciación en el camino del zen. Si alguien ya se ha iniciado y se encuentra en el momento de aclarar dudas o de recapitular lo vivido y de situar su experiencia en el marco universal del zen de manera precisa y fiable, esta guía de caminantes funciona del mismo modo. Le ayudará a situarse de manera concreta en un punto de un paisaje demasiado amplio y variado para hacerlo por uno mismo.

Por mi parte, puedo decir que me sitúo personalmente en el mundo zen a través de la práctica cotidiana de mi propia profesión. Si el gran maestro Dōgen advertía que la vía del cocinero es tan sabia e iluminada como la del abad, enalteció con ello toda actividad humana, por muy mecánica que pueda parecer a primera vista, convirtiéndola en camino de sabiduría y despertar, y liberándonos de la ilusión del instrumentalismo, por la que hacemos algo para obtener otra cosa diferente. Toda actividad es un fin en sí misma, y un camino a cultivar. Hay quienes separan mentalmente o en la práctica la meditación de la reflexión, pues consideran toda reflexión una práctica intelectual especulativa que nos aleja del estado de vaciamiento propio de quien medita. Pero ello no es necesariamente así. Si así fuera, no tendríamos maestros como Dōgen o filósofos zen como Nishida Kitarō. Se trata de aplicar una actitud de vaciamiento meditativo al propio acto de la reflexión filosófica. De este modo

aprendemos, así es como yo mismo lo he vivido, a reflexionar meditando y a meditar reflexionando. Esta es mi práctica cotidiana de mi propia profesión, y hace ya muchos años que he abandonado la estéril producción de categorías del intelecto especulativo, que fue como me instruyeron en mis años de Facultad como estudiante de filosofía. Para mí no hay vuelta atrás, y he de confesaros que me agota muchísimo entrar en discusiones filosóficas con quienes no entienden otra forma de hacer filosofía que categorizar, clasificar, elucidar, y, en definitiva, especular. La especulación filosófica se parece en esto a la especulación financiera, es una fábrica de ficciones sin base alguna en la realidad de la experiencia. Este creo que fue el verdadero proyecto de Nishida, y en este tipo de reflexión meditativa o meditación reflexiva tenemos que reconocer que los filósofos japoneses inspirados en el zen nos llevan gran ventaja.

Según muestra la historia de los maestros del zen, y tal como la expone Raquel Bouso, lo que nunca es el zen es una secta o una doctrina. No hay nada sagrado ni preceptivo. No hay ortodoxia. El maestro Bankei llegó incluso a desacralizar toda forma de práctica institucional. Raquel Bouso explica que

La vía del zen, para Bankei, no se trataba de un acontecimiento concreto, sino de un

proceso sin fin, por lo que los métodos del *zazen* o el *koan* entraban en contradicción con la mente búddhica innata que actúa espontáneamente (p. 63).

Quizá sea esta espontaneidad, a la que alude el maestro, el rasgo del zen que lo ha hecho atractivo generación tras generación, más allá de toda frontera. La que lo ha hecho en nuestro tiempo trascender la disciplina monástica sin negarla, y aplicarse a su modo a otras disciplinas, artísticas, filosóficas, éticas, terapéuticas, y, de ese modo, ser instrumento de liberación personal para unos jóvenes estudiantes acosados por una filosofía europea esclerotizada, de categorías muertas, sin vida. La que ha revitalizado la práctica filosófica tal como la concibe quien suscribe estas líneas. Raquel Bouso da en este libro cumplida cuenta de todos estos campos de aplicabilidad de la práctica zen.

Y el no tener una doctrina preceptiva lo hace aplicable a ámbitos fuera del marco del budismo del que surgió originalmente. Por ello la autora nos habla al final de su libro de estos campos de experiencia zen, como es el católico en España, o el ámbito no religioso de la filosofía práctica. Entonces, hemos de preguntar a la autora la cuestión abierta de por qué *zen* aquí y ahora. Por mi parte y como preámbulo a la respuesta con-

tenida en este libro, me gustaría formular la cuestión en relación al modelo de civilización capitalista en que sobrevivimos como podemos y a duras penas, en medio de una aceleración descontrolada y una severa esclavitud a la lógica de la producción y el consumo. Mi pregunta de partida es si no hay otro modelo de vida, y si es viable sin necesidad de recurrir al monacato, y, en este caso, si el zen puede contribuir a encontrarlo.

La lectura de este libro puede constituir, sin duda, un punto de partida en este tipo de búsqueda, pero no es un punto de llegada. No es un texto cerrado. Para quien desee continuar más allá de estas páginas, la autora se ha tomado la molestia de ofrecer varios itinerarios posibles que den continuidad a otras lecturas. Al final se incluye para ello un valioso apéndice bibliográfico comentado que nos da claves de acceso a una bibliografía internacional bien seleccionada, que nos soluciona el dilema de qué leer y en qué confiar dentro del *maremagnum* de publicaciones de todo tipo que inundan el mercado editorial.

Formando parte de una Colección denominada Fragmentos, este ensayo viene a ser como un mapa que halláramos dentro de un cofre y que recogemos en la orilla como náufragos de un mundo que se descompone delante de nuestras narices, un mapa de un tesoro por descubrir. En un mundo editorial en castellano, donde sufrimos ausencias

como las del comparatista Abe Masao, y donde aún no contamos con una edición más que muy fragmentaria y dispersa de Dōgen, doy una bienvenida doble, en nombre del mundo académico y en nombre de la comunidad de practicantes y amantes del zen en este país, a la obra de Raquel Bouso *Zen*, publicada por la editorial Fragmenta.

